

Andrés Sabella

Domingo Melfi: retrato y elegía

Era Domingo Melfi una recia ola palpitante en el mar radiante, vibrante y pasional de las ideas. Las ideas constituían la panoplia de su estirpe. Diríase que por ellas era que Melfi había hecho tradicional en su figura aquel movimiento de la mano que colocaba en el desfiladero de su cabeza: la mano de Melfi, pasada con mesurado desgano por esa zona ardiente donde parecen tomar impulso los pensamientos más hondos, acariciaba el lomo de sus figuraciones, aplacaba el mordisco del fuego ideológico, cuidaba la Tierra Santa del cerebro.

Cuando Melfi levantaba la mano y la colocaba en su cabeza de corte trágico, era seguro que algo centelleante saldría en busca de eco y perspectiva. Al mirarle en este ademán, yo pensaba, de inmediato:

—¡Ahora el cazador manda a sus perros para el asalto...!

Las ideas, entonces, sintiendo la calidez de la mano maestra, daban el asalto, y rozaban las grandes már-

genes del espacio. Por esto es que Domingo Melfi tenía bastante figura de caballero de combates y de íntimo de los bosques más dramáticos...

Y existía en él otro pequeño y profundo detalle: era ese ¡Pst! que rubricaba muchas de las audiciones que se le daban. En este ¡Pst! echaba, al desgairé, las cordelerías de su serenidad.

De Melfi no recuerdo sino que situaciones de libros: le conocí, frecuentando la Biblioteca Nacional, en la Sala Francesa, que regían las sutiles charlas de Angel Cruchaga Santa María, hacia 1940. Y al morir, fué de las páginas de un libro, «Tiempos de Tormenta», que salió, armado ya de eternidad, en busca de las réplicas que le llagaron la boca; ¡hermosísima muerte para un escritor! Cuando su carne se caía a la Nada, que es el Todo, aseguraron su permanencia las páginas de un libro de meditación y de belleza. Estas páginas fueron las mayores rosas que le honraron, cuando penetró a la nave del ¡Adiós! y del crucero sin norte, el crucero en que somos velamen y amura.

¿Qué homenaje rendir al escritor que acogió nuestro aprendizaje de poetas, el aprendizaje que no se acaba nunca, permitiendo inscribirnos en la columna de fuego de «Atenea»...? En la dulzura de las tardes, tomando alguno de sus libros, le releeremos; y al volver, de nuevo, sobre los caminos de su pensamiento, creeremos estar próximos a su presencia de farero y de sembrador en la tierra dolorosa de la frente.

La flor se amustia y el olvido es cruel. A los escritores, siervos de la sal durante su vida, la Muerte les reserva una luz inextinguible sobre su tumba: la luz de la gratitud por lo que nos enseñaron. Es la luz que monta guardia en la memoria de Domingo Melfi, verdadero pastor de libros en la colina celeste de la cultura chilena.